

EL CIELO ENTRE
NOSOTROS

ÁFRICA VÁZQUEZ BELTRÁN

El cielo entre
NOSOTROS



Primera edición.

El cielo entre nosotros.

© 2021, África Vázquez Beltrán.

© Onyx Literature SL.

www.onyxeditorial.com

© Corrección: Arantxa Comes.

© Ilustración portada: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).

© Ilustración fotografía: Ariadna Guillem (Miss Arilicious).

© Maquetación: Onyx Literature.

© Ilustración interior: Freepik.com

Impreso en España.

ISBN: 978-84-122695-3-6

Depósito Legal: DL T 1050-2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para la sonrisa más bonita del mundo.



Valle de Tena, junio de 2001

Alba se quedó mirando la llave. Era pequeña y de hierro negro, y tenía atado un pedacito de papel amarillento en el que su abuela Aurora había escrito «DESPACHO» con su pulcra caligrafía. La llave debía de tener unos ciento cincuenta años, tantos como la propia casa, pero apenas estaba un poco herrumbrosa.

Su abuela se la había entregado esa misma mañana, justo después de que el autobús dejara a Alba junto a la carretera y ella arrastrara su única maleta hasta lo alto del pueblo, donde dormitaba un viejo caserón de piedra con el tejado de pizarra, las puertas pintadas de verde y geranios en las ventanas. La casa de su familia.

«Puedes quedártela durante todo el verano», le había dicho Aurora mientras la observaba con sus penetrantes ojos azules, «confío en que respetarás la memoria de tu abuelo».

Aquel gesto significaba mucho para Alba, y más teniendo en cuenta cómo habían sido las cosas en el último año. Hacía tiempo que nadie confiaba en ella para nada, pero su abuela estaba dispuesta a dejarle entrar en su pequeño santuario. Tal vez porque sabía que Alba también pensaba con frecuencia en el pasado.

Solo se había asomado al despacho de su abuelo Martín en una ocasión, hacía tiempo, y tenía un vago recuerdo del mismo. Era la única habitación de la casa del pueblo que siempre permanecía cerrada con llave, la única en la que sus primos y ella no podían jugar cuando eran pequeños. Incluso su madre y su tía fingían no ver la puerta al fondo del pasillo del primer piso, como si fuese uno de los muchos fantasmas que parecían sobrevolar la historia de su familia.

Nadie había utilizado ese despacho desde los años 30 y su abuela lo había cerrado con llave en los 50, después de recibir la carta que confirmaba sus sospechas: que su marido había muerto en el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau y que todo lo que quedaba de él eran un puñado de fotografías.

La madre y la tía de Alba nunca habían querido rebuscar en los viejos recuerdos de su padre. Demasiadas heridas abiertas, demasiadas historias tristes enterradas en el pasado. Las dos preferían ignorar aquello. Cada verano, Aurora se marchaba al pueblo y pasaba tres meses allí con la tía de Alba, Paloma, y sus primos, Jordi y Gabi. Su madre, Pilar, era la encargada de llevar a la abuela en junio y recogerla en septiembre, pero muy rara vez cruzaba la verja de hierro. Permanecía sentada en el coche, contemplando el jardín lleno de maleza, y esperaba a que Aurora alcanzara la puerta antes de marcharse otra vez. Aunque animaba a Alba a que visitara a su abuela durante las vacaciones escolares, ella no se les unía. No podía. En cuanto a la tía y los primos de Alba, conocían cada pueblo, cada rincón y cada vieja leyenda del valle de Tena, pero jamás mencionaban al hombre que había habitado aquella casa hacía setenta años.

Alba veía las cosas de un modo distinto. Ella llevaba ya varios veranos preguntándose por aquella puerta cerrada con llave, por aquel despacho en el que nadie entraba nunca, por aquellas fotografías que ningún miembro de la familia, excepto su abuela, se había atrevido a contemplar. Pensaba en su abuelo Martín a menudo, sobre todo, desde que había estudiado la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial en el instituto. Esas guerras, que parecían tan lejanas, habían cambiado la vida de su familia. Y la suya, de alguna manera.

Les había dicho a sus padres que esa era la razón por la que había decidido pasar un verano entero en el pueblo por primera vez en la vida. No era mentira, o no del todo.

Su madre la había mirado, sorprendida. «¿Estás segura de que no te aburrirás ahí arriba, hija?», le había preguntado. «Pensaba que querías ir a la playa con tus amigos para celebrar que has aprobado la selectividad».

Alba había reprimido el impulso de contestarle: «¿Qué amigos, mamá?», y le había asegurado que no le importaba perderse aquel plan. También les había prometido a sus padres que volvería a casa en septiembre y se uniría al viaje familiar a Francia que hacían todos los años.

Nada más recibir las notas de selectividad, había hecho la maleta. No entendía por qué sus primos siempre viajaban con tantos bultos, ella solo necesitaba un puñado de cosas: vaqueros, camisetas, zapatillas de deporte, un par de jerséis por si algún día salía de noche —aunque eso era poco probable—, el *discman* y una pila de libros para cuando no tuviese nada que hacer —eso era bastante más probable—. Había dudado si llevarse también su guitarra, pero últimamente no tenía ganas de tocar.

Y eso era todo. Eso y el cuaderno de tapas azules en el que pensaba ir anotando lo que averiguara.

Porque Alba tenía un plan. Un plan que duraría todo el verano y le permitiría olvidarse de su triste presente mientras se zambullía en el pasado.

Quería saber la verdad sobre su abuelo, toda la verdad. Aunque doliese. Quería saber quién había sido Martín Valero, el joven esposo y padre que había dejado su vida en el valle de Tena para unirse al maquis en primer lugar y a la Resistencia francesa después. El hombre que había luchado contra los golpistas en España y contra los nazis en Alemania y que había dado con sus huesos en un campo de exterminio.

Alba sabía que aquella historia no iba a gustarle, pero necesitaba conocerla y aquel era el momento perfecto para hacerlo. Ya que no iba a estar tomando el sol en la playa, paseando por la orilla del mar de madrugada, ni viviendo uno de esos inolvidables amores de verano de las películas, como hacía la gente normal al terminar el instituto, al menos le dedicaría su tiempo a algo que le importaba.

«Un amor de verano», se burló de sí misma para sus adentros. «¿Quién te va a querer a ti?».

La puerta del armario se había quedado abierta después de que guardara la ropa y no pudo evitar contemplar su propio reflejo en el espejo interior. La chica que le devolvía la mirada no se asemejaba demasiado a la que había visto en ese mismo espejo el verano pasado: estaba más pálida y delgada, su pelo parecía más negro y se lo había cortado a la altura de los hombros. Lo que no había cambiado eran sus ojos verdes, el único rasgo bonito que tenía, y las tupidas pestañas que los rodeaban. Llevaba puesta su camiseta favorita, negra, de manga corta y con el *Guernica* de Picasso estampado, y unos vaqueros que le iban un poco grandes.

No era exactamente guapa, pero sí agraciada. El problema no era su físico.

Ojalá lo hubiese sido.

Cerró el armario con firmeza. Se encontraba en el dormitorio del tercer piso, una habitación pequeña, con el suelo de baldosas anaranjadas y una cama sin muelles que se hundía cuando te tumbabas en ella. Tenía una ventana pintada de

verde desde la que se veían las montañas y un viejo escritorio en el que podría sentarse a leer o a escribir sin que el resto de la familia estuviese alborotando alrededor. Era justo lo que necesitaba.

Volvió a contemplar la llave. Su tía y sus primos no llegarían hasta la hora de comer, podía comenzar la investigación en ese mismo instante.

La escalera crujió bajo su peso cuando puso el pie en el primer peldaño. Además de la planta baja, donde el jardín daba paso a un patio cerrado que hacía las veces de recibidor, la casa tenía tres pisos y un desván con una pequeña buhardilla. Los postigos del rellano estaban cerrados, pero un rayo de sol se colaba a través de una rendija, iluminando miles de partículas de polvo en suspensión. Alba se quedó mirándolas durante unos instantes y luego bajó al segundo piso.

Allí dormían sus primos Gabi y Jordi, su tía Paloma y su abuela. Como sus primos pasaban todos los veranos en el pueblo, se habían traído algunas cosas de la ciudad: una cadena de música, una vieja videoconsola y algunos libros. No pudo resistir el impulso de asomarse para curiosear los títulos y sonrió al detenerse en uno de ellos: *El valle de los lobos* de Laura Gallego. Era uno de sus favoritos.

En el primer piso estaban la cocina, el comedor, el salón y el despacho, además del baño, que había sido construido mucho después que el resto de la casa, en los años 60, y pedía a gritos una buena reforma.

Alba recorrió el pasillo del primer piso en silencio y descubrió que su abuela estaba en el salón, leyendo un manoseado ejemplar de *El orgullo del pavo real* de Victoria Holt. Su madre tenía ese libro en casa y Alba también se lo había leído.

Sonrió al pensar en ella, pero dejó de hacerlo en cuanto se detuvo frente a la puerta del despacho. Sabía que a su madre no le hacía mucha gracia que quisiera «remover el pasado».

Bien, Alba ya estaba acostumbrada a sentirse culpable. Podía soportarlo.

Respiró hondo y metió la llave en la cerradura. Encajó con facilidad, lo cual le pareció sorprendente. El pasillo estaba oscuro y olía a una mezcla de madera vieja y brisa estival. Una de las ventanas estaba abierta y dejaba entrar la corriente.

Alba hizo girar la llave, pero no empujó la puerta de inmediato. Era como si estuviese a punto de cruzar algo más que un umbral, una línea imaginaria que la separaba de un mundo que ya no existía.

Oh, qué tontería. Estaba haciendo una investigación histórica, no policíaca; no había nada que temer en aquella habitación.

Por fin, entró. Recibió una bofetada de oscuridad y palpó la pared en busca del interruptor de la luz. Era antiguo, por lo que tuvo que girarlo en vez de pulsarlo. Una bombilla que colgaba del techo, cubierta por una pantalla de seda, emitió un resplandor mortecino, aunque suficiente como para que Alba pudiese abrir las contraventanas de par en par. La habitación se llenó de luz y ella reprimió un jadeo de asombro.

Los muebles del despacho eran antiguos, pero apenas estaban deteriorados. A su derecha se encontraba el viejo escritorio, todavía provisto del papel y los sobres que usaba su abuelo y que solo se habían amarilleado un poco, con la silla de cuero tosco y el reposapiés. A la izquierda había una hilera de estanterías con vitrinas que contenían la pequeña biblioteca de Martín. Cuando pegó la nariz al cristal, Alba descubrió que algunos de los libros habían sido impresos en el primer tercio del siglo xx: el *Romancero gitano* de Lorca, *Luces de bohemia* de Valle-Inclán, *Rimas y leyendas* de Bécquer... También había unas cuantas biblias; ni Aurora ni Martín eran creyentes, pero sí las familias de ambos. Alba descartó la idea de ponerles las manos encima y se volvió hacia el tresillo que había al lado.

Cerca de él, en un rincón, había una jaula dorada en la que el padre de Martín había tenido tórtolas. Por lo que le había contado su abuela, Martín las había liberado cuando era un niño porque «quería que volaran libres».

Entonces sus ojos toparon con el armario, un mueble de madera oscurísima que parecía observarla con insistencia desde la pared del fondo.

Desvió la mirada. Pasó la mano por la madera veteada del escritorio, acarició las cortinas de terciopelo rojo y cerró la puerta de la jaula, que estaba abierta por algún motivo. Solo entonces se sintió preparada para enfrentarse al armario de nuevo.

«Menuda peli de fantasmas te estás montando, tía». Eso le hubiese dicho David, su mejor amigo, si hubiese podido verla.

Y si no hubiese dejado de ser su mejor amigo.

Alba lo desterró de sus pensamientos, como había hecho con tantas otras cosas en el último año, y abrió el armario.

Dentro encontró varias cajas de cartón polvorientas. Todas eran grises y tenían las tapas sujetas con gomas. No estaban rotuladas, por lo que escogió una al azar y la abrió.

La caja estaba llena de viejas fotografías. Alba se sentó frente al escritorio y extrajo la primera de ellas.

Reconoció la verja del jardín, la aldaba de piedra con forma de mano, y una versión de ocho o diez años de su abuelo Martín, de rodillas delgadas y flequillo rebelde. Sonrió al ver su cara de impaciencia y contempló la siguiente foto: esta vez su abuelo ya era un muchacho y se encontraba en un estudio fotográfico, vestido con un elegante traje y sentado muy tieso al lado de sus tres hermanos. Uno de ellos había sido el maestro del pueblo y lo habían asesinado poco después del golpe de Estado del 18 de julio de 1936; los otros dos se habían alistado en el ejército republicano y habían muerto en la Batalla del Ebro. Martín era el más joven de todos ellos y el único que había sobrevivido para ver el final de la guerra y el principio de la dictadura.

Alba tragó saliva y cogió la siguiente foto. Un Martín de diecisiete o dieciocho años contemplaba un punto situado a la derecha del fotógrafo; aunque la imagen había perdido nitidez, Alba pudo advertir el gesto decidido de sus labios y la determinación que brillaba en sus ojos claros. Había sido un chico muy guapo.

No, un chico no: un hombre. Ya lo era a esa edad, había tenido que crecer muy deprisa por culpa de la guerra.

Fue vaciando la caja y descubrió que al fondo del todo había un sobre arrugado. Alguien había garabateado una sola palabra en él: «Auschwitz». La letra no era la de su abuela.

Alba sintió un escalofrío. No estaba segura de querer ver esas fotos, las que le habían enviado a su abuela tras la liberación del campo de exterminio. Eran los diez o doce documentos gráficos que probaban que Martín había estado allí. Alba vaciló, pero, finalmente, tomó el sobre con las dos manos y sacó la primera fotografía.

Afortunadamente, solo aparecía el busto de su abuelo Martín repetido dos veces, a la izquierda de frente y a la derecha de perfil. Le habían afeitado la cabeza y vestía un ajado pijama de rayas. Llevaba cosido a la chaqueta un triángulo de tela invertido y, junto a este, un número de serie.

Alba respiró hondo. Aquella fotografía había sido tomada en un campo de exterminio. Intentó ver algo en los ojos de Martín, pero solo encontró en ellos una helada indiferencia que nada tenía que ver con el aire pícaro del chiquillo despeinado que posaba frente al jardín de su casa.

Acarició el retrato y lo depositó de nuevo en el sobre. La siguiente foto era la de un grupo de jóvenes sentados junto a las vías de un tren. Todavía conservaban el pelo y sus propias ropas, y algunos sonreían.

Cuando Alba se disponía a observarlos con mayor detenimiento, oyó voces en el patio y su corazón se aceleró.

—¡Albaaa! —Momentos después, el vozarrón de su tía Paloma retumbó en el hueco de la escalera—. ¡Ya estamos aquíiii!

—No lo jures —murmuró ella por lo bajo.

Volvió a guardar el sobre y la caja a toda prisa, diciéndose que tendría tiempo de examinar a los jóvenes del tren más adelante.

Estaba cerrando la puerta del despacho cuando su abuela se asomó al pasillo y le dirigió una mirada de advertencia. Alba le hizo un gesto para tranquilizarla y se metió la llave en el bolsillo de los vaqueros. El parloteo de su tía y sus primos ya estaba invadiendo la casa, pero aquel despacho iba a ser su secreto, solo suyo. Suyo y de su abuelo Martín.

Berlín, noviembre de 1938

Querido diario:

Ayer mataron a papá y mamá.

No he parado de llorar desde entonces, ni siquiera cuando el tío Gilbert me ha hecho esconderme en el armario. Gustav se ha escondido conmigo y me ha tapado la boca, y hemos estado quietos y abrazados hasta que los policías se han ido. Supongo que volverán. La verdad es que ahora mismo me daría igual que volvieresen. No dejo de pensar que preferiría haber muerto anoche, pero no quiero decírselo a Gustav: no me gustaría que se sintiese mal por haberme salvado.

Trato de no recordar lo ocurrido, pero es imposible. Una y otra vez oigo los cristales rotos, las pisadas haciendo retumbar las escaleras, los gritos de mi madre. Los disparos. Cierro los ojos y veo el rostro pálido de mamá, la sangre de papá derramándose, mi pijama hecho jirones después de engancharse en uno de los clavos de la ventana. Las manos de Gustav tirando de mí y su cara de dolor al caer al jardín desde el piso de arriba. El fuego devorando la tienda, nuestra casa, los pedazos de mi infancia. La huida frenética por una Alexanderplatz llena de camisas pardas. El tío Gilbert dice que me he convertido en un hombre esta noche, pero yo no quería hacerlo. Yo quería seguir siendo un niño. Solo tengo doce años.

Debimos marcharnos de aquí hace tiempo. Mamá siempre decía que estaríamos mejor en Suiza, con su hermana; sin em-

bargo, papá no quería dejar la tienda. Les había costado mucho esfuerzo prosperar y era una lástima renunciar a todo por lo que parecían temores infundados. Y luego las cosas se complicaron: llegaron los registros de la policía a horas intempestivas, las pintadas crueles en el escaparate, la estrella de David que tuvimos que colocar junto a la entrada del negocio para que todos supiesen quiénes éramos, qué éramos. También yo me vi obligado a llevar una estrella de tela prendida en la ropa cuando iba a la escuela, y entonces Fritz y los demás ya no quisieron jugar conmigo. Solo Anna siguió haciéndolo. Hace mucho que no veo a Anna.

Debimos marcharnos de Berlín, pero no lo hicimos. Y ahora yo viviré con los Bremen. Siempre había querido que Gustav fuese mi hermano y ahora tendremos los mismos padres. No soy capaz de sentirme feliz por eso. Algo me dice que nunca más seré capaz de sentirme feliz por nada.

La tía Frieda me ha abrazado y besado y me ha dicho que no debo tener miedo. De nuevo, he decidido no contarle la verdad: que no tengo miedo. No me asusta morir.

Si este es el mundo que los nazis han dejado para mí, la muerte ha dejado de ser la peor opción.



Valle de Tena, junio de 2001

—¡Hay que ver, Alba, cada día estás más alta! —Paloma palmeó la espalda de su sobrina con una de sus manos fibrosas—. Jordi y Gabi están subiendo las maletas, da gusto con estos chicos. Los dos se alegran mucho de que vayas a pasar el verano en el pueblo. ¿Cómo es que Pilar no se ha animado a venir unos días? ¡En este caserón hay sitio de sobra!

Para cuando Alba fue a responder, su tía ya había dirigido su jovial e ininterrumpido torrente de palabras hacia la pobre Aurora. Desde luego, no se parecía en nada a su madre. Paloma era robusta y musculosa, tenía el pelo gris y hablaba por los codos; Pilar era una urbanita de los pies a la cabeza, morena, esbelta e impecable. Paloma era trabajadora social; Pilar estaba empleada en una compañía de seguros. Paloma se había llevado a sus hijos a pasar todos los veranos de su vida

en el valle de Tena y amaba con todo su ser la vieja casa en la que había nacido; Pilar prefería no ir al pueblo porque decía que solo le traía recuerdos tristes de un padre ausente y una madre siempre alerta. La posguerra había sido dura para la abuela de Alba, pero también para su madre y su tía. Tal vez por eso Aurora no le reprochaba a su hija pequeña que nunca hubiese vuelto a casa.

«Tu madre no llegó a vivir la época del maquis, de las idas y venidas», le había explicado a Alba en una ocasión. «Ni siquiera conoció a su padre: Martín se fue sin saber que yo estaba embarazada de ella. Cuando todo se complicó y mandé a las niñas a un internado en la ciudad, tu madre solo tenía diez años, mientras que tu tía ya había cumplido doce. Dos años son mucho tiempo para personas tan jóvenes. Paloma era la más entusiasta, quería unirse al maquis en el futuro».

Aurora había reído entre dientes al recordar aquello. A veces reía de una forma que Alba solo había visto en los wéstern que tanto le gustaban a su padre, como Clint Eastwood en *Por un puñado de dólares* o *La muerte tenía un precio*. ¿Qué tenían que ver una señora mayor y Clint Eastwood? Bueno, había que observar muy detenidamente a su abuela para descubrirlo.

«Por suerte o por desgracia», había seguido diciéndole, «las actividades del maquis cesaron antes de que Paloma pudiese aprender a manejar un fusil. En cambio, Pilar no entendía por qué entraban hombres desconocidos en nuestra casa en busca de comida y cobijo. Y eso que el valle de Tena era un lugar de paso, no hubo tanta actividad como en otras zonas del Pirineo. Pero tu madre era demasiado joven como para entender lo que ocurría».

La abuela de Alba era capaz de hablar de lo diferentes que eran sus hijas sin dejar entrever ningún tipo de favoritismo por una o por otra. En realidad, Alba sabía que las quería a las dos. Ella misma también quería a su madre y a su tía de diferentes maneras, aunque no hiciese más que decepcionar a la primera

y desconcertar a la segunda con su comportamiento. Ojalá se hubiese parecido más a la chica que todos esperaban que fuese.

—¡Alba!

Oyó un gritito en la escalera y un taconeo subiendo por los peldaños. Reprimió una sonrisa y abrió los brazos para recibir en ellos a su prima, que se le colgó del cuello y empezó a parlotear tal y como había hecho su madre minutos antes:

—¡Es genial que hayas venido a pasar las vacaciones en el valle! ¡No te imaginas lo fantástico que es este lugar en verano! Sobre todo, esta vieja casa, con sus fantasmas haciendo: «¡Uhhh!»... ¡Da un miedo que te cagas! Aunque, bueno, tú ya has pasado alguna noche aquí. Pero no es lo mismo venir un par de días que tres meses, acabas rayándote mogollón cada vez que oyes un ruido...

Mientras hablaba, Gabi se apartó de Alba y se retiró un mechón de pelo naranja de la frente. Tenía la costumbre de teñirse el pelo de un color diferente cada semana, a juego con la ropa que más le apetecía ponerse. El problema era que cambiaba de opinión a menudo, al igual que de gustos. Un día le daba por escuchar *heavy metal* —«Porque los chicos con melena son los mejores, Alba, solo tienes que mirar a los de Extreme. Tengo que aprender portugués para cuando me case con Nuno Bettencourt. *Eu também te amo*. ¿Verdad que se me da bien?»— y, al siguiente, veía un documental en la televisión y decidía que iba a volverse activista por los derechos de los animales —«No te imaginas lo que les hacen a esas pobres foquitas, Alba, ¡es horrible! ¡Alguien tiene que tomar medidas al respecto!»—. Todo aquello exasperaba a sus padres, pero a Alba le parecía bastante divertido. Además, Gabi siempre se alegraba de verla, y solo por eso soportaba una efusividad que le hubiese resultado abrumadora viniendo de cualquier otra persona.

—No seas irrespetuosa, Gabi. —Una voz masculina emergió de lo que parecía un montículo de maletas flotantes que subía por las escaleras. Jordi asomó su cresta rubia por detrás de una

mochila y saludó a su prima con un gesto—. La casa es antigua, es normal que la madera cruja a veces. No tiene nada que ver con fantasmas.

—Perdón. —Gabi bajó la mirada con aire compungido. Su hermano mayor dejó todos los bultos en el suelo y se sacudió el polvo de la masa informe de tela de estampado escocés que llevaba puesta. Alba no hubiese sabido decir si era un conjunto de camiseta y pantalón, un peto o una cortina vieja de sus tíos.

—Anda, déjate de historias paranormales y ayúdame con las maletas. Quiero ir a saludar a la abuela, aunque supongo que mamá ya la tendrá secuestrada.

—¡Por supuesto! —Su hermana se dirigió hacia una de las bolsas, la que parecía ser la menos pesada, la agarró por el asa y tiró de ella con todas sus fuerzas. Pero no ocurrió nada.

La expresión consternada de Gabi resultaba tan cómica que Alba tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse seria.

—Tranquila, yo te ayudo.

—No lo entiendo, ¡si estoy superfuerte! —Mientras Alba empezaba a subir las maletas de una en una, Gabi trotaba tras ella exhibiendo un brazo flacucho—. Este año me he apuntado al gimnasio y todo.

—Solo fuiste un día —dijo Jordi mirándola por encima del hombro, con tan mala suerte que chocó contra una columna por ir distraído. Se llevó las manos a la nariz, preguntando con un quejido desde cuándo había una columna en medio del pasillo, y Gabi le contestó que desde el siglo dieciséis por lo menos (aunque, naturalmente, la casa no había sido construida en el siglo dieciséis).

Alba miró a sus primos y, por fin, rio. Hacía tanto tiempo que no reía que le resultó extraño, como si no recordara muy bien cómo se hacía.

Volvió a ponerse seria.

—¿Qué es todo ese ruido? —oyeron gritar a Paloma desde el salón—. ¿Vais a venir o no?

Alba rodeó el hombro de Gabi con el brazo y empujó con cuidado a Jordi hacia la cocina, donde suponía que su abuela tendría un poco de hielo para su nariz magullada. En cuestión de minutos, había dejado de pensar en su abuelo, la Segunda Guerra Mundial y el pasado que dormía tras las puertas de un armario.

—Me alegro de teneros en casa. —Aurora sonrió una vez que todos estuvieron sentados en el salón, Jordi con un trocito de algodón en el orificio derecho de la nariz y una bolsa de guisantes congelados en las manos—. Supongo que estaréis cansados después del viaje —dijo volviéndose hacia los recién llegados.

Alba aprovechó que no la estaba mirando para observarla. Su abuela tenía más de ochenta años y, sin embargo, no recordaba haberla visto envejecer. Siempre había sido como en ese momento: una mujer recia, de pelo blanco y manos callosas, con el rostro surcado por arrugas atemporales. En la ciudad se vestía con la ropa que le compraban sus hijas, pero era llegar al pueblo y recuperar los vestidos de siempre, azules y verdes con lunares blancos, y sus queridas alpargatas. Le gustaba leer novelas, cuidar de las hortensias del jardín y pasear hasta la vieja ermita. No le gustaba sentarse en la puerta de casa ni visitar a las otras mujeres mayores del pueblo. Quizá, por ese motivo, era la única persona que nunca presionaba a Alba para que hiciese vida social.

Y aquello iba a ser todo un alivio ese verano.

—¿Cansados? ¡Qué va! Si solo son un par de horas por carretera. —La tía de Alba palmeó los brazos de uno de los dos sillones orejeros del salón. Aurora ocupaba el otro y Gabi, Jordi y Alba se apretujaban en el viejo sofá tapizado de verde—. Mis chicos aguantan todo lo que les echen.

—Todo menos la música del coche —masculló Jordi.

—¿Tienes algo en contra de Nino Bravo, hijo? —Paloma se cruzó de brazos y no esperó a que Jordi respondiese—: Gabi está deseando salir de marcha con los del pueblo, lleva todo el camino hablando de ello.

—¿Tú tienes planes para esta noche, Jordi? —preguntó Aurora suavemente.

—Puede que vengan a buscarme unos amigos, pero no tengo el cuerpo para mucha fiesta —dijo él—. Estoy cansado y, además, tengo que estudiar.

—¡Mi chico ha suspendido tres asignaturas! ¿Qué te parece, mamá? ¡A punto de empezar tercero de carrera y en ese plan! —Paloma se inclinó hacia su madre con aire dramático—. Y ni siquiera se nos ha echado novia todavía. ¡Con lo guapo que es! ¿Hay alguna chica mona por el pueblo?

—¡Mamá! —protestó Jordi.

—Creo que eso debería decidirlo él, hija mía —atajó Aurora—. Espero que te lo pases muy bien con tus amigos, Gabi.

—Gracias, abuela. Alba también vendrá conmigo, ¿a que sí? —La miró tan esperanzada que la joven se sintió culpable.

—No lo creo, Gabi —dijo en voz baja.

—¿Por qué no? —Su prima hizo un puchero—. ¡Pero si es la noche de San Juan, la más mágica del año! Y ya les he hablado a todos de ti, estoy segura de que les encantarás.

Sí, seguro que les encantaba. Como le encantaba al resto del mundo.

—Quizá otro día. —Alba desvió la mirada y un tenso silencio invadió la habitación.

Desde que tenía memoria, su tía y su prima la habían animado a hacer amigos en el pueblo. «Hacer amigos», como si tuviese cinco años y le bastara con acercarse a cualquier grupo de niños para preguntarles si podía jugar con ellos. Alba siempre les decía que no se aburría en casa de su abuela por el simple hecho de no relacionarse con más gente de su edad, pero un año le habían insistido tanto que había accedido a acompañar a Gabi a la peña. La experiencia había sido tan desastrosa que

se había reafirmado en su creencia de que no debía intentar siquiera unirse a los amigos de su prima. Aunque no le importaba saludarlos cuando se cruzaba con ellos en la Plaza Mayor o en la tienda de don Adrián, entre eso y ser su amiga había un gran trecho.

Y más ahora que la palabra «amistad» se había vaciado de contenido para ella. Ya no significaba nada.

Gabi no insistió, quizá porque su abuela la estaba mirando fijamente desde el sillón orejero. Paloma y ella se marcharon y la tranquilidad volvió al viejo caserón: Jordi se metió en su dormitorio y Aurora se puso a ordenar sus labores. Su habilidad como costurera le había resultado muy útil para fabricar o arreglar su ropa cuando no tenía la opción de comprarla. De vez en cuando, Alba le echaba un vistazo al baúl que había en el desván, donde aún guardaba los primeros trajes que les había confeccionado a Paloma y Pilar.

Lo que Alba nunca había visto eran las ropas de su abuelo Martín. Sospechaba que su abuela podía habérselas prestado a los maquis que habían pasado por su casa en la posguerra. Aurora era una mujer práctica, por lo que a Alba no le hubiese extrañado que se desprendiera de los recuerdos de su esposo para ayudar a alguien que lo necesitaba. Aun así, jamás se lo había preguntado. Las dos hablaban de aquellos tiempos sin reparos, mucho más de lo que Aurora había hablado del tema con sus hijas; sin embargo, había algunos temas que Alba no se atrevía a tocar. No quería entristecer a su abuela.

Decidió aprovechar aquella momentánea paz para volver al despacho. Las baldosas se movieron bajo sus pies y no pudo evitar pensar en los fantasmas que hacían «¡Uhhh!» de su prima. Los suyos le parecían mucho más reales.

Giró la llave muy despacio y abrió la puerta.

—¡Alba! —La voz de su abuela la sobresaltó. Dio media vuelta y fue corriendo a la cocina.

—Qué rapidez —dijo Aurora al verla llegar—. Siento haberte interrumpido, pero acabo de acordarme de que tenía

que comprar huevos para la cena. ¿Me harías el favor de ir un momento a la tienda de don Adrián?

—Claro, abuela. —Alba se dirigió hacia las escaleras a toda prisa—. ¡Me calzo y voy!

Subió los peldaños de dos en dos. Notaba la madera fría bajo los pies. Caía la tarde y el rellano estaba en penumbra, por lo que tuvo cuidado de no tropezar. Cuando llegó a su dormitorio, abrió los postigos y sacó un par de calcetines que había guardado en el cajón del armario. Luego se sentó en la cama y se puso las zapatillas.

Entonces percibió una sombra en la puerta.

—¿Jordi? —preguntó volviéndose hacia el umbral.

Pero allí no había nadie.

Intrigada, Alba salió al rellano. Apenas podía distinguir las baldosas del suelo y los postigos cerrados de las ventanas. El olor a humedad se mezclaba con el de algo que no logró identificar en un primer momento. Probó suerte otra vez:

—¿Jordi?

Nada.

Alba sacudió la cabeza. Debía de habérselo imaginado.

Bajó las escaleras y cogió una bolsa de tela que colgaba de un gancho en la pared de la cocina. Su abuela siempre la dejaba allí para que la usaran cuando fueran a hacer algún recado.

—¡Vuelvo enseguida! —se despidió.

—No corras —le contestó Aurora mientras pelaba patatas.

Estaba nublado y empezaba a gotear. Alba se arrepintió de no haber cogido un jersey, pero decidió que no merecía la pena volver. Bajó la cuesta que separaba la casa de su abuela de la Plaza Mayor y se permitió el lujo de detenerse un instante junto a la fuente que la presidía. Cuatro peces de piedra expulsaban sendos chorros de agua por las bocas abiertas. Si uno se detenía en ese punto y miraba al norte, podía ver los picos nevados de las montañas que rodeaban el pueblo. Daba igual lo caluroso que fuera el verano, la nieve nunca desaparecía del todo en el valle.

Alba cerró los ojos y se imaginó subiendo esas montañas, perdiéndose en los bosques de pinos y abetos, contemplando el vuelo de los quebrantahuesos sobre sus copas. Ese pensamiento le provocó una oleada de anhelo, quizá porque echaba de menos la naturaleza o porque lo que más deseaba en el mundo era estar sola.

¿Había sido una buena idea ir al pueblo? Si solo hubiesen estado su abuela y ella, ni se lo hubiese planteado, pero no sabía si tendría la paciencia necesaria para lidiar con su tía y sus primos, sobre todo, con Gabi, que tan deseosa parecía de organizarle la agenda. Quería a su familia, aunque, a veces, no bastaba con querer a alguien para sentirte cómodo en su presencia.

Alba se apartó de la fuente y echó a andar de nuevo. Aquel pueblo, a diferencia de la mayoría de los que había en el valle de Tena, estaba fuera de las rutas turísticas y apenas recibía un puñado de visitantes en verano, casi siempre familiares o amigos de sus habitantes, o bien excursionistas que se perdían con el coche y, tras echarle un rápido vistazo a la iglesia, se marchaban de allí. Solo había un bar y una tienda, la de don Adrián, y esta última se encontraba en la otra punta del pueblo, por lo que Alba decidió apresurarse. Confiaba en poder husmear un poco más en el despacho de su abuelo a lo largo de la tarde...

Entonces se dio cuenta de algo terrible: había dejado la llave metida en la cerradura. ¡Qué vergüenza! ¿Así era como le demostraba a su abuela que podía fiarse de ella? Ojalá le diese tiempo a volver a casa antes de que la descubriese.

Llegó a la tienda de don Adrián casi sin aliento. Sobre el escaparate polvoriento aún se leía: «TIENDA DE ULTRAMARINOS GARCÉS», con una grafía de hacía más de treinta años. Alba empujó la puerta con tanta energía que provocó un estruendo de campanillas al entrar.

—Perdón —dijo en voz alta.

Nadie respondió: el mostrador estaba desierto. Alba supuso que don Adrián habría ido a alguna parte y se dispuso a esperar.

La tienda era muy pequeña y estaba mal iluminada. Don Adrián solía decir que él ya sabía dónde estaba cada cosa, por lo que el cliente no tenía ninguna necesidad de verlo. Vendía un poco de todo, aunque sus productos estrella eran los huevos, los melocotones y las magdalenas caseras. Alba suspiró y se apoyó en la pared. De ella colgaban una acuarela en la que se podía ver la ermita que había a las afueras del pueblo y el calendario de una asociación de ganaderos. El mes de junio estaba presidido por la fotografía de tres vacas marrones que pacían en el campo. Eso le hizo recordar la época en la que Gabi había querido tener su propia granja —«Porque tiene que ser genial eso de despertarte por la mañana, ordeñar a tu vaca y desayunar huevos recién puestos, y luego dar un paseo a caballo por el campo»—.

Cerró los ojos y se preguntó con qué habría soñado su abuelo Martín. Era algo que su abuela nunca le había contado. ¿Lo sabría ella? ¿Habrían tenido tiempo de soñar durante los breves años de felicidad que habían compartido antes de la guerra que cambiaría sus vidas?

—Hola. —Una voz suave le hizo abrir los ojos de nuevo.

Entonces se dio cuenta de que no estaba sola: había un chico en la tienda.

Alba lo contempló durante unos instantes. Por el pelo rubio y el rostro pálido dedujo que era extranjero, quizá del norte o del este. Sí, podía ser eslavo perfectamente. Poseía unas facciones delicadas, aunque la dureza de sus pómulos y su mandíbula revelaba que estaba más cerca de la madurez que de la adolescencia, y vestía ropas anticuadas: camisa beis de manga corta, pantalones marrones y zapatos desgastados. Una de sus manos, larga y delgada, sujetaba una boina con visera de estilo francés.

Nunca lo había visto por el pueblo, de eso estaba segura. Hizo lo posible por recuperarse de la impresión antes de responder:

—Hola.

—Creo que el dueño se ha marchado un momento. —El joven bajó la vista y jugueteó con la gorra. Hablaba un perfecto castellano, pero tenía un acento que Alba no supo identificar. No era inglés ni francés. Tampoco parecía ruso, uno de sus excompañeros de clase era de Moscú y no hablaba como él.

—Tendremos que esperar. —Alba volvió a apoyarse en la pared.

Los dos se quedaron en silencio y Alba no pudo resistir la tentación de mirar al joven con disimulo. Llevaba el pelo bastante largo, por debajo de la barbilla, y se le curvaban algunos mechones detrás de las orejas. Su cuello era largo y los hombros, anchos, y, aunque había adoptado una actitud relajada, permanecía elegantemente erguido. No se parecía a los amigos de Gabi, ni tampoco a sus excompañeros del instituto. No se parecía a ningún chico que conociese.

—¿Es tu primer verano en el pueblo? —le preguntó. Una cosa era que no quisiese hacer amigos y otra, que disfrutara de los silencios incómodos.

—Es mi primer verano, sí. —El chico alzó la vista de nuevo y Alba se fijó en que tenía los ojos grises—. ¿Tú eres de por aquí?

—No, yo vivo en Zaragoza. He venido a pasar las vacaciones a casa de mi abuela.

—Parece un buen sitio para veranear.

—Lo es. Antes solo venía unos días para estar con mi abuela, mi tía y mis primos, pero este año me quedaré hasta septiembre. —De pronto, Alba pensó que estaba dándole demasiada información a un completo desconocido.

Como si le hubiese leído el pensamiento, el chico sonrió.

—Perdona, ni siquiera me he presentado. —Dio un paso al frente—. Me llamo Noah.

Le tendió la mano con tanta formalidad que a Alba le costó una fracción de segundo estrechársela. Tenía los dedos fríos.

—Yo soy Alba. —Tanteó el terreno—: Noah no es un nombre muy común por aquí...

—Soy polaco. —El chico la miró arqueando las cejas—. Creo que se me nota un poco.

—Lo cierto es que sí. Espero que no te haya molestado mi pregunta.

—Ni siquiera ha sido una pregunta. —Noah sonrió con aire divertido—. Un buen amigo me enseñó tu idioma. En realidad, él fue quien me habló de este lugar. Del pueblo, del valle... De lo que sucedió en los Pirineos durante la Guerra Civil.

Alba sintió que se le aceleraba el corazón.

—¿Te refieres a...?

—La guerrilla antifranquista. —Ahora el joven la miraba con seriedad.

—¿Quién es tu amigo? —Alba no pudo morderse la lengua antes de formular esa pregunta, por lo que intentó arreglarlo—: Me refiero a... Es que mis primos conocen a mucha gente, igual hasta somos parientes lejanos. —Pues no, no lo estaba arreglando—. ¿Te alojas con él?

Noah se quedó mirándola durante unos segundos. ¿Le habría molestado que fuese tan directa? No lo sabía. «Por eso nunca conoces gente, Alba: porque se te da regular».

—Mi amigo ya no vive aquí —dijo el chico simplemente.

Entonces Alba oyó la puerta de la trastienda y se volvió hacia el mostrador.

—¡Papeles y más papeles, esta mujer no me da ni un respiro...! —Don Adrián llegó refunfuñando y se recolocó las gafas antes de mirar a Alba parpadeando—. Ah, hola. Eres la nieta de Aurora, ¿verdad? ¿Cómo está? —No le permitió responder—. Bueno, ¿qué querías?

Ignoró por completo a Noah. Siempre estaba despotricando de los «forasteros», como le gustaba llamar a todo aquel que no tuviese raíces en el pueblo, pero su actitud fue casi grosera

esta vez. Se notaba que su tienda no dependía de los turistas para sobrevivir.

Alba le dirigió una mirada apurada a Noah, que le hizo un gesto para restarle importancia al asunto, y suspiró:

—Una docena de huevos, por favor.

Don Adrián se los sirvió sin dejar de fruncir el ceño. Alba pagó tan deprisa como pudo y salió de la tienda. Para su sorpresa, Noah fue tras ella.

—¿Tú no ibas a comprar nada?

—He cambiado de idea. —El joven sonrió otra vez. Aunque no parecía molesto, Alba se sintió mal por él de todas maneras.

—Don Adrián no es la persona más sociable del mundo, y menos con la gente de fuera. —Sacudió la cabeza—. Se merecía que yo también me fuese sin comprar, pero mi abuela me había pedido que le hiciese un recado y...

—No te preocupes —la interrumpió Noah—. No es la primera vez que me pasa, estoy acostumbrado. No es culpa tuya —insistió al ver que Alba no parecía muy convencida.

La joven pensó en su abuela, que la estaba esperando para preparar la cena, y en la llave que había dejado puesta en la cerradura del despacho, y se dijo que tenía que despedirse. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo.

—En fin, yo debería... —dudó—. La casa de mi abuela está por allí. —Señaló en su dirección.

—¿Te parece bien que te acompañe? —le preguntó Noah. Alba parpadeó.

—¿Acompañarme? ¿Para qué? —La pregunta sonó más brusca de lo que pretendía.

—Es agradable tener a alguien con quien hablar —contestó el chico encogiéndose de hombros.

—Lo siento, te has encontrado con la persona más antipática de todo el pueblo.

¿Por qué no podía callarse, por qué no podía inventarse una excusa sin más? Seguro que acababa de espantar a Noah.

«Bueno, quizá sea mejor así. No has venido al pueblo a hacer amigos, ¿no?».

—No me has parecido antipática en ningún momento, la verdad. —Noah la miraba con cierta curiosidad, pero no parecía deseoso de salir huyendo.

—Espera a conocerme —suspiró Alba.

—Vale. ¿Vamos, entonces?

Alba se dio cuenta de que Noah no había captado la ironía y dudó. ¿Cuántas probabilidades había de que aquel chico polaco de modales exquisitos y bonitos ojos grises fuese un loco con un hacha? Lo cierto era que no lo parecía, pero no se le ocurría otra razón por la que quisiera seguir hablando con ella después del penoso espectáculo que estaba dando. Pensó en decirle que «espera a conocerme» era una forma de hablar y que no tenía ninguna intención de dejarse conocer, ni por él ni por nadie.

En vez de eso, se puso en marcha.

—¿Has visitado el pueblo ya? —dijo para romper el hielo.

—Lo cierto es que no. —Noah caminaba junto a ella—. Sé que tiene una iglesia y que hay una ermita a las afueras, pero nada más.

—Merece la pena visitar la ermita. Es de lo poco interesante que hay por aquí, lo demás son casas viejas y muchas de ellas están abandonadas. Creo que mi prima y sus amigos se colaron en una el verano pasado para grabar una psicofonía, Gabi está un poco obsesionada con los fantasmas. —No entendía por qué estaba hablando tanto, pero Noah la escuchaba con interés.

—¿Fantasmas? ¡Vaya! —El chico parpadeó—. ¿Y tú? ¿Crees en ellos?

—No tengo edad para eso.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, ¿y tú?

—Dieciocho.

Habían llegado a la Plaza Mayor sin que Alba fuese consciente de ello. Se detuvo junto a la fuente y volvió a contemplar los montes nevados a lo lejos. Noah hizo lo mismo y, durante unos segundos, los dos permanecieron en silencio. Soplaban un viento frío y húmedo.

Luego Alba se giró hacia el chico.

—Me esperan en casa.

—Que pases una buena tarde. —Noah le puso la boina en la cabeza.

—¿Y esto? —Alba lo miró, confundida.

—No es un regalo, sino un préstamo. —El joven fingió estudiarla con detenimiento—. Te sienta bien.

—Si tú lo dices... —Ella puso los ojos en blanco, en parte para disimular su nerviosismo—. En fin, ya nos veremos. Aunque solo sea porque tengo que devolverte tu gorra.

—Aunque solo sea por eso. —Noah retrocedió un paso—. ¡Hasta la vista!

Alba le dio la espalda y se alejó. Entonces cayó en la cuenta de que, después de todo, el joven no le había contado dónde se alojaba ni con quién. Bueno, tampoco era importante: fuera cual fuese la respuesta, Alba no iba a ponerse a husmear en su vida.

Miró el reloj y comprobó que no había estado ni treinta minutos fuera de casa. Subió las escaleras tan deprisa como pudo, se quitó la gorra y la guardó bajo la camiseta. Luego entró en la cocina para dejar los huevos.

—¿Te ayudo a pelar patatas? —le preguntó a su abuela.

—No te preocupes, ya he terminado. —Aurora se fijó en los huevos—. Gracias por hacerme el recado, Alba.

—No hay de qué.

—¿Estaba don Adrián en la tienda o su mujer?

—Don Adrián. —Alba devolvió la bolsa de tela a su sitio—. Ha tardado un poco en atenderme, pero me he entretenido mientras tanto.

—¿Ah, sí? —Aurora guardó los huevos en la nevera—. ¿Y eso por qué?

—Oh, por nada en especial. —Aunque su abuela no era como su tía, que se empeñaba en emparejar a toda su parentela con el primer incauto que pasaba por delante, Alba no creía necesario dar explicaciones sobre el encuentro con Noah.

Había sido raro, eso tenía que admitirlo; aun así, una parte de ella se alegraba de haber conocido a alguien en el pueblo sin necesidad de que su prima la presentara en sociedad, como sabía que haría en cuanto tuviese ocasión.

«¿No decías que no querías hacer amigos?».

Suspiró.

«Ya que hablo tanto sola, al menos, podría no discutir conmigo misma».

En cuanto su abuela se distrajo con la cena, Alba salió de la cocina y cruzó el pasillo sigilosamente. Por suerte, la llave seguía donde la había dejado. Aliviada, entró en el despacho.

Al igual que aquella mañana, se detuvo en medio de la habitación durante unos instantes. ¿Se lo parecía a ella o había algo fuera de lugar? Tardó un poco en darse cuenta de lo que era: la puerta de la jaula volvía a estar abierta. El cierre debía de haberse estropeado. La cerró de nuevo y luego abrió el armario para recuperar la caja que había abandonado antes y que ahora tenía las gomitas un poco desplazadas.

La foto del pequeño Martín seguía encabezando aquel montículo de recuerdos, pero esta vez Alba tenía un objetivo muy claro. Sin embargo, no lo encontró rebuscando en la caja.

—No puede ser —murmuró por lo bajo.

Volcó el contenido sobre la mesa, pero fue inútil: el sobre de Auschwitz había desaparecido.

Alba estaba segura de haberlo puesto en su sitio. Aunque había recogido la caja a toda prisa, el sobre era lo primero que había guardado. Entonces, ¿dónde estaba?

Pensó de nuevo en la llave olvidada y se preguntó si alguien habría entrado en el despacho mientras estaba fuera.

Entonces dedujo lo que había ocurrido: la propia Aurora había retirado el sobre. Aquellas imágenes no eran simples fotografías de su difunto esposo, eran prácticamente sus cenizas, el testimonio que probaba que se lo habían arrebatado de la peor manera posible.

Una parte de Alba sintió el tonto impulso de decirle a su abuela que sabía que se había llevado el sobre de Auschwitz; luego decidió que no debía hacerlo. Se conformaría con ver las demás fotos, las cartas y todo aquello que su abuela le permitiese tocar. Quería conocer la historia de Martín, pero no tenía ninguna necesidad de recrearse en los episodios más oscuros.

Decidió que seguiría investigando más adelante, ya había tenido suficientes emociones en un solo día. Además, apenas quedaba media hora para que la familia se reuniese de nuevo y quería disfrutar del silencio un rato.

Siempre con cuidado, devolvió la caja a su sitio, cerró la puerta del armario y echó un último vistazo alrededor. La jaula seguía cerrada. Alba salió del despacho, echó la llave y esta vez la guardó celosamente en el bolsillo de sus vaqueros. Muy cerca de la gorra que aún llevaba escondida bajo la camiseta.

Berlín, diciembre de 1938

Querido diario:

Hoy he soñado con algo que sucedió el año pasado, el día que Gustav me convenció para hacer pellas y acompañarlo hasta la Schlossplatz.

Me sentí culpable cuando nos fuimos del colegio: era la primera vez que me saltaba las clases y sentía que estaba traicionando la confianza de mis padres y de la señorita Weigel. Pero Gustav no dejaba de sonreír. Recorrimos varias calles y avenidas bajo el sol de otoño, pisoteando las hojas secas a propósito, y a ratos Gustav se encaramaba a las farolas y se ponía a cantar Hej Sokoły, mi canción favorita, inventándose la mitad de las palabras. Lo hubiese zarandeado con gusto, pero eso le hubiese hecho reír, por lo que me contuve.

Yo le preguntaba una y otra vez a dónde íbamos, pero él se limitaba a sonreír con aire misterioso. Y eso fue lo único que hizo hasta que nos detuvimos frente a una casa antigua y señorial.

Gustav se acercó a la verja de hierro forjado y se aferró a los barrotes con aire soñador. Yo miré a ambos lados de la plaza para asegurarme de que nadie nos estuviese observando y empecé a tirarle de la manga. «Van a pensar que eres un ladrón», le dije, pero él me contestó que el único ladrón estaba al otro lado de esa verja.

No entendía nada. Entonces Gustav me explicó que allí vivían los Müller, los dueños del banco en el que trabajaba su padre.

Los Müller tenían un hijo, Anders, que era un poco mayor que Gustav. Gustav lo había conocido en el banco un día que Anders había acompañado a su padre a hacer unas gestiones.

La explicación de Gustav me dejó frío. ¿Por qué debía importarnos la vida del hijo de los Müller? ¿Y quién era el ladrón del que hablaba? Se lo pregunté, pero, para mi exasperación, mi amigo siguió riendo mientras acariciaba la verja con cara de tonto.

«Lo entenderás cuando seas mayor». ¡Cómo odié que me dijera eso! Yo consideraba que ya era mayor.

En realidad, era un tonto, igual que el propio Gustav. Éramos dos tontos que no sabían nada de la vida.

Hoy he soñado con la casa de la Schlossplatz. Supongo que es porque ayer el señor Müller echó al tío Gilbert del banco. No quiere que haya judíos trabajando para él. La tía Frieda se ha puesto roja al recibir la noticia y ha dicho que ella tampoco quiere que su marido trabaje para un asqueroso nazi. Aun así, los dos están tristes. Tristes pero vivos. Eso ya es más de lo que pueden decir mis padres.

Gustav es el único que no parece abatido. Sigue viéndose con Anders, aunque sus padres se lo hayan prohibido. Esta mañana la tía Frieda le ha gritado que ella no quiere saber nada más de los Müller y Gustav ha respondido que Anders no es como sus padres; parece empeñado en defender a ese chico.

La verdad es que estoy un poco celoso de Anders: me siento muy solo y me gustaría que Gustav fuese solo para mí. Pero entiendo que no es justo, Gustav puede tener otros amigos aparte del pobre huérfano que se esconde en el armario cada vez que viene la policía.